

RETIROS PARA TIEMPOS FUERTES

ADVIENTO 2017

TIEMPO DE GRACIA - ESPERA - ALEGRÍA - CONVERSIÓN Y SALVACIÓN

Estamos en el Proceso de Revitalización de la Orden en América Latina y el Caribe, en la segunda etapa (JUZGAR) del Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio de la OALA (2016 -2019).

TEXTO BASE: Folleto para Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio de OALA (GUÍAS).

Conversión en los seis Niveles de Acción y los ocho Modelos Ideales.

INTRODUCCIÓN

El perfil de un agustino que la Orden y la Iglesia quiere en el contexto de América Latina y el Caribe se propone tener como luz y referencia al mismo Cristo, el Señor de la Vida, el dueño de la historia, el que vino y vendrá; el salvador del mundo, nuestro Salvador.

La humildad dinamiza la comunión con el Dios de Jesucristo, en la unidad y comunión fraterna. La humildad nos mueve a revisar en serio nuestra Vida Comunitaria y el servicio que ofrece a la Iglesia y ver con ojos de fe si ese servicio corresponde a nuestro carisma y espiritualidad en los niveles de acción y los modelos ideales contemplados en el plan comunitario de vida y de acción pastoral según criterios agustinianos en la 2^{da} Etapa del Nuevo Itinerario de Comunión y Servicio de la OALA.

Nuestra Orden nos anima a asumir con fe y en serio nuestra consagración agustiniana; a asumir los proyectos comunes, a poder revisar de forma autocrítica la actitud (espíritu de interioridad agustiniana) que tenemos delante de estos proyectos que en general no prosperan por quedarse a nivel horizontal, y no dejarse iluminar por el Espíritu de Dios que hace renacer y fortalecer la comunión de quienes viven bajo un mismo techo.

Esta vez nos toca reflexionar y meditar sobre La Humildad a la luz del pensamiento agustiniano, siendo muy conscientes que al leer a Nuestro Padre San Agustín resuena la Palabra de Dios y el Magisterio de la Iglesia.

Este retiro de Adviento es un medio valioso para renovarnos en lo fundamental agustiniano, para contar con comunidades misioneras y promotoras de vocaciones que comparten en el cotidiano vivir la alegría de su consagración religiosa y esperan la venida de Cristo, de su reino.

Para una mejor reflexión y diálogo:

Estamos usando la cartilla - Tema 23 de la FAE: "Humildad", del P. Santiago Sierra OSA

Si hay otra referencia, está siendo especificada.

1.- DONDE ESTÁ LA HUMILDAD, ALLÍ ESTÁ CRISTO

(Tratado sobre la 1ª Carta de San Juan, Prólogo)

1.1.- ¿Qué significa ser humilde?

A la pregunta ¿qué significa ser humilde?, responde Nuestro Padre San Agustín: “No ser jactancioso (es decir, no alabarse a sí mismo). Quien quiere jactarse es soberbio. El que no es soberbio es humilde. ¿No quieres ser soberbio? Para que puedas ser humilde, di lo que se escribió: Mi alma se gloriará en el Señor; oigan los humildes y alégrese. Los que no quieren gloriarse en el Señor no son mansos, sino fieros, hoscos, envanecidos, soberbios” (*Comentarios a los Salmos* 33, s.2, 5).

La humildad garantiza la verdad porque una de sus funciones es eliminar la mentira: “La humildad habla de la verdad, y la verdad de la humildad; es decir, la humildad, de la verdad de Dios, y la verdad, de la humildad del hombre” (*Sermón* 183,4).

Verdaderamente, el hombre es un ser frágil, vulnerable y, aunque perfectible, abierto al infinito, con vocación de santidad, es una criatura limitada, llena de necesidades, contradicciones e incoherencias. Agustín está convencido que andar en la verdad tiene su punto de arranque en la gracia de la humildad:

“¿Qué es practicar tú la verdad? No halagarte, ni acariciarte, ni adularte tú a ti mismo, ni decir que eres justo, cuando eres inicuo. Así es como empiezas tú a practicar la verdad; así es como vienes a la luz, para que se muestren las obras que has hecho en Dios” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan* 12,13).

Breve comentario.- En nuestras comunidades, muchas veces nos ensimismamos en nuestra soberbia y perdemos la alegría que nos concede la fe, porque nos indisponemos y nos resistimos a aceptar la verdad, porque olvidamos y no asumimos que el centro de nuestras comunidades y la razón de nuestra alegría es Cristo y su Palabra de vida.

1.2.- La base y la disposición de nuestras inter- relaciones personales.

En el Catecismo de la Iglesia Católica se nos presenta la humildad como la base y disposición necesaria para una relación personal con el Dios vivo (Cf. nn. 2540.2558-59).

Si esta relación personal está presente en nuestras comunidades, debe garantizar la relación interpersonal de los hermanos de la comunidad y la relación de cada uno desde su propio mundo interior. Esta dinámica hace florecer auténticas comunidades agustinianas.

La humildad es el camino que nos ayuda a conocer la verdad de nosotros mismos, del prójimo y de Dios; y nos abre al encuentro con Cristo, el médico humilde y el doctor de la humildad. Sólo quien se reconoce enfermo (pecador), el que no presume de sí mismo, siente la necesidad de ser curado y puede acoger la salvación del Hijo de Dios.

La humildad es el camino de la misericordia y del perdón (¡Tan necesarios y urgentes en nuestras comunidades!); nos confronta y nos pone cercanos y delante del hermano con una mirada de comprensión y de aceptación (con el deseo de ayudarlo) y nos hace recobrar la unidad y la comunión propias del carisma y la espiritualidad agustiniana: “¡Cuán numerosos son los que, conscientes de haber ofendido a sus hermanos, rehúsan decir perdóname! No

se avergonzaron de pecar y se avergüenzan de pedir perdón; no sintieron vergüenza ante la maldad, y la sienten ante la humildad” (*Sermón 211, 4*).

Breve comentario.- Nunca debemos suponer sino al contrario, siempre debemos ser conscientes que si estamos en la comunidad de hermanos (no de extraños y rivales) es porque Dios así lo quiso y en un acto de fe yo respondí libremente, y es Él, Dios mismo, quien mueve todo mi camino como agustino, a quien estoy llamado a obedecer unido y en comunión con mis hermanos de comunidad y de jurisdicción.

2.- UN ESPEJO DONDE MIRARSE: CRISTO

2.1.- Sólo Cristo es el doctor de la humildad.

En el mundo pagano la humildad es desconocida. Ningún filósofo, ningún sabio de los antiguos enseña esta virtud. Sólo Cristo es el doctor de la humildad, es algo exclusivo del reino de Dios, de la región de Cristo y del ámbito divino, y sólo desde ahí se puede comprender adecuadamente y practicar en su justa medida: “Esta agua de la confesión de los pecados, esta agua de la humillación del corazón, esta agua de la vida de salud, que se considera despreciable a sí misma, que no presume de sí misma, que no se atribuye con soberbia nada a su propio poder; esta agua no se encuentra en ningún libro de los extraños, ni en los de los epicúreos, ni en los de los estoicos, ni en los de los maniqueos, ni en los de los platónicos. En todos ellos se hallan óptimos preceptos sobre las costumbres y la disciplina; sin embargo, no se encuentra esta humildad. La vena de esta humildad brota de otro manantial; emerge de Cristo. El origen dimana de aquel que, siendo excelso, vino humilde. ¿Qué otra cosa enseñó humillándose, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz? ¿Qué otra cosa enseñó pagando lo que no debía, para librarnos a nosotros de la deuda? ¿Qué otra cosa enseñó bautizándose el que no tuvo pecado, dejándose crucificar el que no tenía culpa? ¿Qué otra cosa enseñó, si no es esta humildad? Con razón dice: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida'. Con esta humildad se acerca a Dios, porque el Señor está junto a los que se atribulan en su corazón” (*Comentarios a los Salmos 31, 2,18*).

2.2.- La soberbia hace su voluntad, la humildad hace la voluntad de Dios.

El misterio de la Encarnación es el punto concreto en el que Agustín centra su atención para hablarnos de la humildad de Cristo y para recomendarnos a nosotros la humildad. Piensa Agustín que sólo con un ejemplo como el de Cristo puede el cristiano entusiasmarse con la humildad: “Luego, porque el Señor te enseña la humildad, por eso dijo: No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Esta es la mejor recomendación de la humildad. La soberbia hace su voluntad, la humildad hace la voluntad de Dios” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 25,16*). De hecho, “es excelso el mismo que es humilde para hacernos excelsos a nosotros, que somos humildes” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 21,7*). Por eso insistirá Nuestro Padre San Agustín: “Tal es el camino: camina por la humildad para llegar a la eternidad” (*Sermón 123,3*).

En la doctrina de Agustín el primer significado de la Encarnación es la humildad. Era necesario que el Dios humilde se acercase al hombre engreído para sanar su enfermedad y liberar al hombre de la desesperación: “El Dios humilde

descendió hasta el hombre soberbio. Reconózcase el hombre como hombre y manifiéstese Dios al hombre. Si Cristo vino para que el hombre se humillara y a partir de esa humildad creciera, convenía que cesara ya la gloria del hombre y se encareciese la de Dios, de modo que la esperanza del hombre radicase en la gloria de Dios y no en la suya propia... Confiese, pues, el hombre su condición de hombre; mengüe primero para crecer después” (*Sermón 380,6*).

Es decir, para purificar, limpiar, sanar, redimir al hombre soberbio vino Cristo humilde: “Por la humildad de Cristo somos limpiados, ya que, si no se hubiese humillado a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz, su sangre no hubiese sido derramada para la remisión de los pecados” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 119,4*).

2.3.- Cristo es, para Agustín: El Maestro de humildad.

Esta es la gran asignatura, la que siempre tendremos pendiente en el curso de la vida dentro de nuestras comunidades y en nuestros apostolados, por no estar suficientemente aprendida. Cristo ha venido para que nadie se gloríe de sí mismo, de tal manera que la gloria de Dios sea la que vaya en aumento:

“Antes de la venida del Señor Jesús, el hombre se jactaba de sí mismo. Viene aquel hombre para que la gloria del hombre mengüe y vaya en auge la gloria de Dios. Porque viene Él sin pecado y nos halla a todos con pecados” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 14,5*).

La humildad nos viene de Cristo, que se hizo hombre para hacernos dioses en Él y por Él. Agustín parece indicar que una de las razones para que el Hijo se hiciera hombre es, precisamente, enseñarnos con su propia vida lo que era la humildad: “Tan grande es la utilidad que reporta al hombre la humildad, que no dudó en recomendarla la divina Majestad. Para siempre hubiese perecido el hombre por su soberbia si no le hubiese hallado Dios con su humildad. Por eso vino el Hijo del hombre a buscar y poner a salvo lo que había perecido. Había perecido el hombre siguiendo la soberbia del engañador, siga, después de hallado, la humildad del Redentor” (*Tratados sobre el Evangelio de San Juan 55,7*).

CONCLUSIÓN:

Nuestra vocación de consagrados es ser testigos y profetas del Reino con la actitud de Cristo, el que vino y vendrá, unidos a la riqueza espiritual que hemos recibido para vivir nuestra identidad de consagrados con alegría y gratitud.

Tomarnos en serio esta misión es responsabilidad de todos, animados y dejándonos animar por nuestros superiores mayores, conscientes de nuestra identidad de consagrados agustinos dentro de una comunidad, una parroquia, y una Iglesia particular.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- 1.- ¿En mi oración y convivencia diaria, me reconozco frágil y necesitado de la gracia de Dios para vivir mi vocación a la santidad en la conversión y la alegría de mi vida consagrada?**
- 2.- ¿Procuro, busco ser humilde delante de mis hermanos y de los proyectos comunes propuestos por la Orden y mi Jurisdicción?**
- 3.- ¿Es Cristo, su Palabra, en la Iglesia, el principal referente que me prepara para su venida, la venida de su Reino?**